

infierno; muchas veces hasta sucede que los espíritus llaman á sí á los vivos y les empeñan á pasar, mediante la muerte, á una encarnacion más perfecta, y aun á gozar del estado de *spiritus puros*. La confesion de los mismos espiritistas, los hechos demasiado numerosos que tanto ruido han movido en los periódicos, las observaciones de los médicos y las relaciones de las familias no permiten dudar de hoy en más sobre la influencia homicida de esa nueva religion.

Júzguese ahora, si la Iglesia tuvo razon para condenar á los espiritistas, sonámbulos y magnetizadores con sus libros y sus prácticas. Ya en el año 1856, el Soberano Pontífice señalaba las prácticas demoniacas, que tenian por objeto *evocar las almas de los muertos*, y recomendaba á todos los obispos del mundo católico que empleasen todos sus esfuerzos en extirpar estas prácticas abusivas. (1)

1. Hé aquí el texto de la Encíclica: *Adeo crevit hominum malitia, ut negleceto licito studio scientiæ, potius curiosa sectantes, magna cum animarum jactura, ipsiusque civiles societatis detrimento, ariolandi, divinandive principium quoddam se nactos gloriantur. Hinc sonambulismi et claræ intuitionis, uti vocant; prestigiis mulierculæ illæ gesticulationibus non semper vericundis abreptæ, se invisibilia quæque conspicerere futiunt, ac de ipsa religione sermones instituere, animas mortuorum evocare, responsa accipere, ignota ac longinqua delegare, aliaque id genus superstitiosa exercere ausu temerario proesumunt. In hisce omnibus, quacumque demum utantur arte, vel illusionem, cum ordinentur media physica ad effectus non naturales, reperitur deceptio omnino illicita, et hæreticalis et scandalum contra honestatem morum.—Igitur ad tantum nefas et religioni et civili societati infestissimum efficaciter cohibendum, excitare quam maxime debet pastoralis sollicitudo, vigilancia, ac zelus Episcoporum omnium. Quapropter quantum divina adjutrice gratia poterunt locorum Ordinarii, qua paternæ charitatis monitis, qua severis objugationibus, qua demum juris remediis adhibitis, prout attentis locorum, per-*

Aunque el decreto no cita por su nombre el Espiritismo que á la sazón no se habia desenmascarado, queda sin embargo condenado en estas palabras: *evocar las almas de los muertos y obtener de ellos respuestas... es cosa ilícita y herética*. Más adelante fue condenado directamente, cuando el mismo Pio XI, por decreto en la sagrada congregacion del Santo Oficio, dado en 20 de Abril, y de la sagrada Congregacion del Concilio, expedido á veinte y cinco del mismo mes y año de 1860, condenó todas las obras de Allan Kardec que tratan del Espiritismo y todas las demás obras sobre materias semejantes: *omnes libri similia tractantes*.

En fin, el P. Perrone, jesuita romano, establece teológicamente la siguiente proposicion que condena las modernas prácticas demoniacas: "El magnetismo animal, el sonambulismo y el espiritismo, en su conjunto, no son otra cosa que la restauracion de las supersticiones paganas y del imperio del demonio (1)."

Una sola cosa impide al Espiritismo producir todos sus frutos, el Catolicismo. Pues bien, el Catolicismo se personifica en el Papado. Mucho mejor que Mazzini y Garibaldi lo sabe Satanás. De aquí lo que estamos viendo, su guerra encarnizada contra Roma. Desde su conciliábulo de Babel hasta la venida del Mesías, los esfuerzos perseverantes del principe de las tinieblas no se dirigieron más que á una so-

*sonarum, temporumque adjunctis, expedire in Domino judicaverint, omnem impendant operam ad ujusmodi magnetismi abusus reprimendos et avellendos, ut dominicus grex defendatur ab inimico homine, depositum fidei sartum tectumque custodiatur, et fideles sibi crediti á morum corruptione proeserventur.* Epist. Encycl Pii PP. IX ad omnes Episcopos sub die 4 Agusti 1856.

1. Magnetismus animalis, somnambulismus ac spiritismus, in suo complexu, nil aliud sunt quam paganæ superstitionis atque imperii Dæmonis instauratio. *De Virg. relig. &*, 351, n. 825.



la cosa; á formar su gigantesca ciudad y hacer de Roma su capital. Y lo logró Señor de Roma era Señor del mundo.

Por lo mismo, apenas los apóstoles son armados por el Espíritu Santo, Roma es el blanco del combate, ROMA ó MUERTE, es el grito de guerra de la Ciudad del bien y de la Ciudad del mal. Este grito resuena durante tres siglos en Oriente y Occidente. Once millones de mártires atestiguan la extension de la batalla y el encarnizamiento de la lucha. Para el Verbo encarnado *Roma* significa el imperio; para Satanás, *Muerte* significa la pérdida de Roma y del imperio.

¿Quién no se conmovió, al ver que al cabo de diez y ocho siglos Roma ha sido el blanco del combate, y que el grito de guerra ROMA ó MUERTE ha sido el lema de los dos campos opuestos? Entre todos los demás signos de los tiempos, parece que este no es el ménos digno de atención. Que Roma sea el grito del mundo actual, el grito que domina todos los otros, es un hecho que no necesita pruebas. Reyes y pueblos, diplomáticos y hombres pensadores, escritores y soldados, católicos y revolucionarios, todos codician á Roma por títulos diferentes. Hoy más que nunca el odio y el amor se disputan Roma, y todo lo que habla de Roma conmueve las almas y excita la doble pasión del bien y del mal.

¿Qué prueba este drama supremo, que el mundo no ha visto mas que una vez? Lo mismo que probaba hace diez y ocho siglos. Prueba que Roma es siempre la reina del mundo. Prueba que Satanás expulsado de su usurpado imperio y encadenado por el Redentor, ha roto su cadena y reedifica su Ciudad del mal: ciudad temible que se compone de una gran parte de la Europa robada al cristianismo. Prueba que para reedificarla tal como antes era, no necesi-

taba sino recobrar á Roma, su antigua capital, que la quiere á toda costa, y que para apoderarse de ella marcha al frente de un ejército inmenso de renegados, no parándose hoy, como antiguamente no se paraba, ante ninguna clase de medios y prometiéndose una victoria decisiva, que segun las palabras de Pío IX *volverá á comenzar la era de los Césares y de los siglos paganos*, es decir, volverá á sumergir al mundo en la esclavitud moral y material de que lo habia sacado el Cristianismo (1).

Nada hay más verdadero que este oráculo. Pues si es cosa manifiesta, que el mundo se sustrae más completamente de día en día de la influencia del Espíritu Santo, no es menos evidente que cae en proporción análoga bajo el imperio del Espíritu maligno, y se condena á todas las consecuencias de su culpable infidelidad. El pasado es la historia de lo futuro. A pesar de la predicción tranquilizadora de sus falsos profetas, las naciones actuales tienen el presentimiento de lo que les está reservado: tienen miedo. Este sentimiento indefinible, desconocido en las épocas regularmente constituidas, forma uno de los caracteres de la nuestra.

Europa toma ciudades que se reputan inconquistables... y tienen miedo. Con un puñado de soldados consigue en remotas tierras victorias brillantes sobre enemigos poderosos

1. *Ecclesiæ hostes. ad Italorum animos á fide catholica abalienandos asserere. non erubescunt, catholicam religionem Italæ gentis gloriæ, magnitudini et prosperitati adversari. quo Italia pristinum veterum temporum, id est ethnicorum, splendorem acquirare possit. Encycl. 8 de Dic. de 1849*—Es en otros términos lo que la Revolución no ha cesado de decir á sus secuaces: "No soy posible sino sobre las ruinas de Roma. Quitado el Papa, caerán naturalmente todos los tronos. Italia, por Roma. Roma por el Papado. Tal debe ser constantemente el blanco de vuestros esfuerzos."



... y tiene miedo. Cuatro millones de ballonetas velan en su defensa... y tiene miedo. Doma los elementos, suprime las distancias, canta con orgullo los milagros de su industria; el oro corre abundante entre sus manos, en sus vestidos el tosco paño ha sido reemplazado con la fina seda, la naturaleza entera es tributaria de su lujo, su vida parece un continuo festin de Baltasar... y tiene miedo. Miedo por todas partes. Las naciones tienen miedo á las naciones. Los reyes tienen miedo á los pueblos: los pueblos tienen miedo á los reyes. El hombre tiene miedo al hombre. La sociedad tiene miedo al presente y mucho más al porvenir. Tiene miedo á cierta persona ó cierta cosa cuyo nombre es un misterio (1).

¿Y por qué tiene miedo? Porque su instinto de propia conservación le advierte que no es ya regida por el Espíritu de verdad, de justicia y caridad, sin el cual ni hay ór-

1. Quince años hace, un joven predicador español formulaba este mismo juicio, diciéndolo desde la cátedra sagrada: "En nuestra época inútil sería desconocerlo, la sociedad entera es víctima de un malestar profundo cuyas señales inequívocas se presentan á cada paso. Los individuos sienten en su corazón mayor vacío de tranquilidad y de gozo á medida que se aumentan los medios de gozar. Nuevos Tántalos se mueren de sed en medio de las aguas y se cansan de extender sus brazos para coger la fruta codiciada de la felicidad, cuyo vano fantasma los deja continuamente burlados y afligidos. Todos se quejan de que no pueden fiarse de nadie, y cada uno recela de su vecino. La familia experimenta que se van aflojando sus sagrados vínculos... La sociedad se reconoce á sí misma tan insegura como un edificio fundado sobre arena: falta completamente de base, no puede menos de estar incierta de su porvenir; y así es, que ningún día responde del día que ha de seguirle, y ningún pueblo se considera seguro cuando recuerda que hay otros pueblos sobre la tierra. Estas tristes verdades se palpan al presente; y para un porvenir acaso no lejano, negro nublado se cierne sobre nuestras cabezas criminales, y el corazón se arruga al considerar los desastres con que nos amenaza tan de cerca."

den posible, ni sociedad duradera, ni seguridad para nadie. No son vanos esos temores. Para las naciones igual que para los individuos, entre la Ciudad del bien y la Ciudad del mal, entre Jesús y Belial no hay medio.

Ahora bien, al volver Satanás al mundo, digan lo que quieran sus apologistas, vuelve tal cual es, tal cual ha sido siempre, tal cual siempre será: el odio. Que este galeote del infierno logre salir de la cuadra, que se vea desembarazado de la resistente *camisa de fuerza*, que se llama catolicismo, y ya veremos lo que hace. Conjunto de orgullo y de crueldad, de mentira y de sensualidad hará mañana lo que hizo en todas las épocas en que era Dios y rey, lo que continúa haciendo en todas las naciones sometidas todavía á su tiránico imperio. La guerra se extenderá á todas partes: el suelo se cubrirá de ruinas. Correrán ríos de lágrimas y ríos de sangre. La especie humana envilecida sufrirá ultrajes desconocidos en la historia, castigo condigno de una rebelion contra el Espíritu Santo, que no tiene semejante en los anales de los pueblos cristianos.

Como Dios no haga un milagro, tal es, no hay que disimularlo, el ancho abismo á donde caminamos. ¿Cómo será posible pararnos en la pendiente? ¡Atrás todos los medios de salud de la sabiduría humana! No, y mil veces nó. La Europa infiel al Espíritu Santo no se salvará ni por la filosofía, ni por la diplomacia, ni por el absolutismo, ni por la democracia, ni por el oro, ni por la industria, ni por las artes, ni por el agiotaje, ni por el vapor, ni por la electricidad, ni por el lujo, ni con bellos discursos, ni con bayonetas, ni con cañones rayados, ni con navíos acorazados. ¿Cómo, pues, se salvará, si ha de salvarse? La respuesta es fácil. El mundo actual, perdido como el antiguo, por haberse entregado al Espíritu del mal, no se salvará sino entregándose al Es-



piritu del bien. El hijo pródigo no encuentra vida sino volviendo á su padre.

A causa de los peligros incalculables que amenazan á la vieja Europa, la primera necesidad actual es volverse al Espíritu Santo, pero pronta, universal y sinceramente. Para hacer ver esta suprema necesidad aun á los ciegos, hemos recordado la existencia demasiado olvidada de los dos espíritus opuestos, que se disputan el imperio del mundo, y lo gobiernan con autoridad soberana. Hemos puesto en claro la indeclinable alternativa en que está el linaje humano de vivir bajo el imperio del uno ó del otro. En fin, la historia universal, compendiada en el cuadro paralelo de las dos ciudades, nos ha dicho lo que le pasa al hombre que se hace ciudadano de la Ciudad del bien y al que se alista en la Ciudad del mal.

Pero saber lo que debe hacerse no es bastante; falta dar los medios de ponerlo por obra. Conocer al Espíritu Santo, para amarlo é invocarlo, y volvernos á colocar bajo su imperio, y perserverar en él: esto es todo. Hasta aquí hemos dado á conocer la obra más bien que al obrero; la obra exterior y general, más bien que la obra íntima y particular; el cuerpo más bien que el alma. Ahora es menester mostrar en sí misma esa alma divina del hombre y del mundo, ese Espíritu creador, á quien el cielo y la tierra son deudores de su brillante decoracion; á ese Espíritu vivificador; que nos alimenta como el aire y nos rodea como la luz; á ese Espíritu santificador, autor del mundo de la gracia y de sus magníficas realidades. Es menester explicar sus multiformes operaciones en el orden de la naturaleza y de la gracia, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento.

Esta segunda parte de nuestro trabajo deberá ser teológica, para que sea exacta; sencilla y en cierto modo cate-

quística, para que sea en manos del sacerdote tan fácil de repartir á las inteligencias ménos elevadas. Lo confesamos sin reserva: más todavía que la primera, esta segunda parte es superior á nuestras fuerzas. Vamos, no obstante, á abordarla. Dos cosas alientan nuestra debilidad: la indulgencia obtenida de los hombres ilustrados, que comprenden la dificultad de tamaña empresa, y sobre todo la bondad infinita de aquel por quien trabajamos: *Da mihi sedium tuarum assistricem sapientiam . . . ut mecum sit et mecum laboret* (1):

FIN DEL TOMO PRIMERO.

1. *Sap.* ix, v. 4.